

EL MÚSICO

JENS BÜCHER

Para Jennifer

El Músico
Jens Bücher
2010
Der.Res.: Jens Bücher
Nº Inscripción: 195742
Santiago, Chile
www.persona.cl
www.bucher.cl

Música en la piel,
música en el cuerpo sensible,
música en el aire alrededor
en viento y árbol,
flujo y fuerza en giros y avances,
o callada, madurando,
retenida como ola
primero anunciada
y después derramada
sobre vida y existencia,
octavas bajas, grandes, generosas,
lo viril hecho bello,
benditas armonías avanzando
de acorde en acorde,
tu carácter profundo
sonando
en la gracia del instante,
casi como fácil,
casi como baile,
tu música entera.

Saltaste al podio apurado,
chaqueta suelta y cabello al viento,
- no se acostumbra así -
miraste a los músicos a los ojos
y te largaste osado.

Hubo pocos que iban contigo,
pocos al comienzo confiados,
o entusiastas, convencidos,
pero su fuerza bastó,
y la música conquistó,

quebró la inercia precavida
de quienes querían seguridad
para sus mentes pusilánimes,
arrasó con ellos también
y comprometió sus corazones.

Hiciste que sus manos canten,
hiciste que no sepan de sí,
tocaron hipnotizados
y de emoción en emoción
brillaron sus instrumentos.

Sobre la sala receptiva
se derramó tu discurso musical,
ondas preciosas, despiertas,
plenas de verdad
hasta el mismo final.

Estabas tomado aún por lo serio,
pero ya se movía la orquesta
y ahora a ti miraban a los ojos,
maestro, cómplices, agradecidos,
pudor y orgullo en sus miradas.

Encontré tus cuadernos
sobre mesas y sillas,
en libreros, arriba del piano,
en un orden sólo tuyo.

Leí por horas tus notas,
tu música comenzada,
tu música entrecortada,
y a veces completa.

Tu música del ser,
la música del vivir,
mostrando lo de estos animales
dotados de ritmo

más que de caos,
de armonía más
que de azar,
y de fuerza bella.

Lo sabías de niño:
pero ahora fuiste
y en las notas
lo habías escrito.

En la esquina del pentagrama arriba a la derecha
anotaste con notas ilegibles casi
lo que más tarde reconocí en los oboes,
después en los fagotes, en los cornos,
crescendo escribiste, en los cellos,
y entrecortadas por el timbal
emergieron en la orquesta entera,
melodía dulce y fuerte
contando tu amor por la vida,
tu visión comprometida, total,
la reverencia agradecida
por encima de sufrimiento y pena,
más allá de frustración o vacío,
la aserción de lo propio,
tu versión íntima de lo real
ahora volcada sobre esta página
en uno de tus cuadernos.

Leyendo en tus papeles
me sorprendo
de la reserva con que escribes,
de la simpleza, de la humildad
con que expresas en los instrumentos
la corriente de tu corazón,
la arrolladora voz
de acordes armoniosos,
de ritmos gruesos y sincopados,
de melodías aquí y allá,
voz escrita casi con nada,
como sin tiempo para más,
una abstracción emotiva,
una leyenda de piel,
una fórmula hormonal:
tu verdad fluyente.

Somos animales
no menos preciosos
que cualquiera allá,
pero tú lo supiste mejor
que todos nosotros.

Tú supiste
de nuestras nostalgias,
de nuestras renunciadas,
de nuestro silencio
en medio de soledades.

Cantaste
alegrías contagiosas,
por nosotros levantaste
más allá de la hora
la voz poderosa.

Lo dijiste
de pauta en pauta,
cruzando registros
y con ritmos
en giro avanzando.

Expresaste
nuestra verdad animal
con el cariño desbordante
de quien admira
y no para de admirar.

Supiste
antes que nosotros
- mejor que nosotros -
la sangre caliente
de todos los hermanos.

Supiste
que se mueven musicalmente
nuestros hermanos,
que van de ganas en ganas
mezclando las melodías
de su vivir despierto,
y no valoran el negocio
ni afán o avidez.

Que
van seguros y confiados
por sabana y bosque,
eso supiste,
como tus mismas melodías
o tus acordes amplios
van por lugares del alma,
parece, para siempre.

Quizás
tu música
dice
millones
anhelos
vividos.

Tal vez
hubo
canto
antaño
en nuestro
pasado.

Y ahora
por fin
resuena
en giros
y ritmos
logrados.

¿Si pudiesen,
escuchándote
decir
lo de ellos,
qué
dirían?

Sufrir,
majestuoso mar
del que emerge
tu música brava,
fondo oscuro
del cual asciende
la luz recia
de tu saber.

Expuestos
seguimos tu andar,
y de lo tuyo
aprendemos
a sentir
lo muy nuestro,
lo oscuro
y lo claro.

Trabajaste días y días,
tus músicos se cansaban,
hacían bromas a veces
o no sabían hacia dónde
iba tanto esfuerzo.

Te cruzaste un día
con el primer violín,
iba solo por un pasillo,
su frente alta,
su mirada honesta.

Serio fuiste hacia él
y le diste la mano,
un apretón callado
entre hermanos
que saben más.

Has tomado su cello
e imitas su gesto,
le miras a la cara,
le ruegas, le pides,
y tocas la cadencia
con la soltura sapiente
de un hombre mayor,
la estimulas, le aseguras,
delicadamente le nutres
de valor, de firmeza,
la guías al lugar difícil,
a la secuencia que teme,
y la dejas probar -
al tiempo recordando
tus propias fallas antaño,
el camino que has hecho
y la ayuda que a ti
- a veces -
entonces te dieron.

De a poco los conquistaste,
semanas iban, meses iban,
de a poco los músicos
cedieron sus ideas,
sus rígidos valores,
comprendiendo entraron
a este tu otro mundo,
a equilibrios del instante,
a fuerzas cambiantes,
y a sus propios mundos
ahora liberados
por tus acordes
en llanto o sonrisa
o en silencios retenidos,
claro,
a las tempestades del ánimo,
o también tranquilos
a los vientos del placer.
Poco a poco
formaste esta orquesta
que ahora interpreta
cada vez mejor
la música tuya,
la de ellos,
la de todos nosotros.

En el comienzo, dijiste,
era el timbal.
Su ritmo poderoso
su tono profundo,
síncopes, saltos, silencios,
la riqueza de la sangre,
hambre, amor, destino,
la fuerza indómita
que levanta, quiebra, libera,
ordena a su propio modo
y finalmente sosiega.
El timbal, dijiste,
era el comienzo
de nuestras vidas,
de toda música posible,
de todo tono ahora
en el oído veraz.

El timbal mueve caderas,
decías,
de a poco más seguras,
las muchachas las mueven sensuales,
decías,
encantables chicas dejándose ir,
más entregadas y preciosas,
encantables-encantadas,
melodiosamente musicales,
decías,
el timbal las seduce,
las expresa, las canta,
las embriaga hacia gracia y fuerza,
dulces, felices, sonrientes,
girando sus caderas enamoradas
y subiendo sus brazos,
las manos elevando
el pelo cayendo brillante,
el timbal,
decías,
en noches sagradas.

Hay orquestas que no lloran,
que no saben rabiarse o perder,
que no conocen angustias
ni nunca les falta el aire.

Sus músicos están seguros
bajo la protección simulada
de sistemas callejeros
a usanzas de la moda.

Pero hoy tus músicos van
del caos al terror
y de vuelta a la esperanza
y se quiebran en llanto.

Los quieres frágiles,
los transformas en fuertes
y de vuelta los expones
al fin irreparable.

Van inmersos
en aguas profundas,
todo compás un compás,
cada tono una vida.

Incluso los vientos,
el aire en el bosque
o las nubes livianas
saben de tu peso terrenal.

Tus músicos
ahora expresan la fuerza
que has osado
en sus almas abiertas.

Canto,
libertad de jugar
con los tonos
de tu voz bendita,
yendo, viniendo,
contando tu verdad
de sentir en sentir,
tu secuencia melodiosa,
mensaje precioso
desde la intimidad
de tu experiencia de artista
y volcado con dulzura
hacia un mañana
que nadie conoce -
canto
que el aire sostiene
y reparte generoso
en torno a ti,
libertad de decir,
libertad de escuchar,
secuencia encantadora
aquí en medio
de todos nosotros.

En tus cuadernos
hay otros momentos,
oscuros momentos,
mostrando
hacia lo bajo, hacia lo profundo,
tiempos de sufrimiento
penetrando espacios de pena
y de vuelta al sufrir,
bajo bóvedas sin luz
yendo al encuentro
del sentir doloroso,
casi ciego yendo,
pero seguro yendo,
avanzando
contra la corriente tenebrosa,
ya intuyendo, ya sabiendo
la respuesta
del otro sentido,
del sentido más claro,
casi cantando,
en tus cuadernos.

Quién te ata las manos
si sabes los nudos,
quién enmudece tus notas
si has sido su silencio.

Por eso vuela tu canto
por encima del paisaje,
humilde y conquistador,
tu melodía enamorada.

Porque no es afán
lo que ahí dices,
sino blanda historia
en tonos testigos.

De aire y nada
está hecha tu música,
pero en el oído
cambia nuestras vidas.

Recién lo insinuaste en los cellos,
lo sostienen los cornos, los fagotes,
juegas en vueltas buscando,
pero lo afirma el clarinete
y más seguro lo intenta el oboe,
hasta que arriba al final,
preciosa,
la flauta lo canta liberada
a todos audible,
tu alegría grande y clara.

Tú no piensas,
pero de ánimo en ánimo
va tu corazón
avanzando o girando,
vueltas graciosas
en rondas regaladas,
vueltas múltiples
de música emergente,
placer de expresar
pena o alegría,
sufrir o soltar,
querer o ver -
nunca piensas
y eres leal
al flujo que te lleva
de tono en tono,
de sentido en sentido,
libre, pleno,
en medio de tu verdad.

Los silencios
valen como los tonos tanto,
anotaste,
los largos silencios
- ajenos a las líneas melódicas -
significando la otra música,
la guardada, la retenida,
pero igualmente vivenciada
de compás en compás,
seriedad tras seriedad
acompañando composición y canto
desde la otra dimensión,
intimidad asentada
en su centro de creciente
validez.

Los silencios nos expresan,
escribiste,
en vigor y verdad
mudamente.

Sensualmente
has dejado escurrir
la pena
al teclado blanco y negro,
girando, sintiendo, probando,
lágrimas en los ojos,
más, más,
como pelo cayendo
de mejilla al hombro
y rozando el seno,
más, más,
virilmente perdiendo
lo que no querías perder,
tristeza transparente
resonando en la madera
de tu piano afinado,
más, sin parar,
entregadamente,
de nuevo, siempre otra vez,
de cara y dando la frente -
música honrada
desde tu alma herida.

En tu cuaderno
encontré una pieza
muy simple y corta.
Me dejé llevar
por la línea alta
cantada y bella
y sus bajos serios,
un juego musical
escrito con la humildad
de quien mucho sabe
y ahora traza
movimientos del ánimo
con facilidad y gracia,
compositor bendito.

Indicabas
con mesura y cariño,
pero movías la cabeza
con mucha libertad
aquí o allá
y pensé
que se te iba la atención,
que tal vez componías
al tiempo que dirigías,
que había más música
en tu corazón
que la de tu orquesta,
quién sabe,
como vertiente
dando y dando
y no la puedes parar.

Te gusta soltar
las fuerzas de la orquesta
en tutti poderosos
y más allá de la medida humana.
Retenidamente creciendo,
suave, lento
- angustia en el corazón -
soltando de a poco
el sonido aún desconocido,
el tema incierto,
como buscando, deambulando,
todavía no,
más fuerte -
ya insinuándolo aquí,
ya diciéndolo allá,
aún sujetando,
creciendo la fuerza,
lento, seguro, más -
y de pronto se vuelca
majestuosa, irresistible,
la ola de tu música
sobre nuestros oídos
expuestos y vulnerables,
inmensa -
marea poderosa,
tormenta de cordillera,
que nosotros escuchemos
los vientos del alma
remecer los cimientos del vivir,

así como tú los percibiste
cuando escribías
en tu cuaderno.

Mostraste ese canto
de violines benditos
pasear su belleza
por el aire de una tarde
abierta y reposada.
Sostenían las cuerdas
la línea de la melodía
con gracia infantil
y dulce sonoridad.
Pareces tener
el tiempo todo a tu lado,
nadie puede apurarte
así como vas dadivoso
girando y rotando
el sentido de tu música -
que nada
se pierda por descuido -
tus músicos
siguiéndote acordes,
generosos,
todos nosotros ganando
la hora regalada.

Vives tu vida
en grandes octavas,
vas fortissimo aquí,
piano allá,
sostenuto o vivace,
cantabile o staccato,
y en tu orquesta
las cuerdas están tensas
a su plena fuerza,
las maderas
limpias y claras,
y el timbal
diciendo desde atrás
el vigor de tus latidos -
no conoce tu música
emociones apocadas,
vigorosas
saltan desde tu intimidad
al espacio
delante de ti.

Algo de felino grande
hay en tus gestos
fuertes y graciosos,
en tu música
veraz y poderosa,
en tu orquesta
rápida o solemne,
iracunda o adorable,
delicada o temible -

algo suave y vigoroso,
que avanza
de paso en paso
dirigido por leyes
que intuimos
a veces cerca,
a veces lejos -

algo muy nuestro
que se nos escapa
cuando queremos
tocarlo
en respeto y caricia -
claro, algo muy felino,
bello y grande.

Cruzas.

Avanzas buscando,
con cuidado probando,
alterando o dejando,
jugando con los tonos,
con acordes y secuencias,
indagando por la verdad
aún inaudible.

Como raíces
día tras día
ingresando en la tierra
van tus dedos
hacia el teclado
cavando galerías
del saber,
percibiendo
pasajes y vetas
hacia las entrañas
del ser.

Y un día
sientes que basta,
que en el cuaderno
las notas que escribas
todo lo tendrán,
vigor, simpleza y claridad -
y que en la orquesta
tus músicos cantarán
otra vez
un nuevo trozo de la verdad
que nos incumbe.

Hambre,
es hambre lo que te mueve,
la presión que te empuja
hacia nuevos lugares
del universo audible,
jugando, sufriendo,
alegre o con pena,
nunca te importa
sino adelante hacia más,
hacia la densidad del acorde,
hacia la simpleza
en melodía o ritmo,
belleza o silencio,
hacia el peso de la sangre -
hambre
de más verdad
en el sentir que madura,
en el giro impulsivo
o en la gracia musical -
hambre
de vivir y de cantar
los tonos que nos son.

Una muchacha
de entre las violas
se puso de pie
y dijo a nombre de todos
que hoy eras tú
quien había de escuchar,
que hoy querían darte
ellos a ti,
devolverte
un poco de lo recibido,
un pequeño presente
para quien a diario va dando,
y que no te dejarían dirigir.

De las más bellas piezas
que algún día compusiste
eligieron una
y la interpretaron
con miradas felices,
música
que lleves para siempre
en tu corazón conmovido,
canto que no olvides
en tu alma sensible
- gracias, maestro, gracias -
esta tu música.

Seriedad invernal
cayó sobre tu andar
y transformó los ritmos
de tu música emotiva.

Estilizadas líneas
escribiste en tus cuadernos,
y los acordes
apenas iban insinuados.

Algo se había movido
en los meses pasados,
y casi tropezando
cruzaste los días.

Silencio se hizo
y avanzaste mudo
por lugares musicales
de otros tiempos.

Una tarde
una gota tibia
derritió
tu invierno.

Leo
en tus cuadernos
la música que has escrito
en días solitarios,

tonos y acordes
que en el piano aquí
interpretaste después
con seria felicidad,

y a mí quería parecer
que la línea del teclado
se hacía curva y blanda
con tus voces veraces.

En la contratapa
de un cuaderno,
con letras chicas,
escribiste:

Decálogo

duermo
miro
admiro
me entusiasmo
desafío

suelto
medito
reverencio
agradezco
me entrego

Y me pregunto
qué hace esto
en tu cuaderno
de música.

Lento cantabile
escribiste,
y ahora frente a tus músicos
lo querías
lento y cantabile,
pero temían exagerar
cuando tú los exigías,
creían no posible
más lento
sin embargo cantando.
Los cellos
son el futuro del mundo,
dijiste,
de nuevo, por favor,
es posible.
Y lo intentaban,
- otra vez -
sin paz o sin canto.

Dejaste ir,
ya será.

Pasaron semanas,
y siempre volvías a la pieza,
casi jugando,
a ver qué madura
en sus corazones inseguros.

Pero un día
estaba en los cellos,
estaba en la orquesta,
la majestuosa serenidad
cantando lo bello,
diciendo
en tiempos de paz
la melodía poderosa
de tu osado intuir,
de tu humilde saber,
tocándola ahí
tus músicos amigos.

Vueltas, den vueltas, decías,
déjense llevar,
embriáguense,
como niños busquen marearse,
los instrumentos graciosos
marcando el ritmo,
la contagiosa melodía
corrompiendo convicciones,
tontos y felices
esta preciosa vez,
que también lo sean
quienes escuchan
y ahora de a poco
se entreguen rendidos,
girando, girando, girando.

Bosque grandioso,
vida ascendiendo a la luz,
sombras transparentes
entre troncos de vigor
invitando a caminar
de asombro en asombro,
frescura y aromas
acariciando la piel,
- qué bella evidencia
a toda reverente oración -

igual ahora aquí
en las fuentes de tu canto,
bosque interno,
complejidad maravillosa
de emociones madurando
su lento crecer
- incierto, tierno y vulnerable -
hacia la conciencia receptiva,
tonos benditos
buscando la salida acorde
en la luz musical
de tu día de armonías
- artista espiritual -
¡qué naturaleza!

Te sorprendí escribiendo
una elegía del dolor
en uno de tus cuadernos
más reservados.

Construiste la pieza
sobre golpes de timbal,
lentamente avanzando
por paisajes desolados,
penas melancólicas
entretejidas con renunciadas,
trémolos y suaves caricias,
o más tarde,
distinto,
sobre golpes chúcaros,
sí, explosiones de rabia,
o ya sin aire
angustia sin fin,
un ritmo brujo
cruzando compases,
vigorosos aquí, delicados allá,
pero siempre dolientes,
anhelos destruidos,
heridas abiertas,
frustraciones innecesarias
alineadas como perlas
de un secreto rosario,
país sin esperanza -

extraña elegía
en tu timbal querido,
andante espressivo,
piano sostenuto,
forte,
ritardando,
presto fortissimo,
più forte,
più forte,
più forte.

Era la pausa
de media mañana -
tus músicos platicaban
con soltura y buen humor
saltando de tema en tema,
risas este grupo,
otro allá más grave,
amistad estaba en el aire,
un viento ligero y natural
de personas que se quieren
paseando entretenidos
por el tiempo compartido.

Esta música
no es frecuente en mi corazón,
les dijiste
alabándolos, envidiándolos,
esta liviandad
fuera de pentagrama,
así -
regalada
a mitad de mañana.

En tu andar
está tu carácter.

Ibas de mañana
a un ensayo con la orquesta:
en la conducción de tus pasos
noté un peso de ánimo,
una dirección tentativa
de varios intereses simultáneos,
un oscuro anhelar algo
que recién sólo madura
y aún no se expresa
a la clara e inambigua luz
de este día iniciado,
una seriedad curiosa
abierta a sonrisa o dolor,
quién sabe,
tu caminar cimbrante
mostrando la compleja mezcla
de tu motivado ir.

Y más tarde, claro,
tus amigos interpretaban tu música
como quien repite tu andar:
cellos y contrabajos
expresando tu vigoroso trasfondo,
el timbal diciendo tu ritmo
o saltando en síncopes
de aparente desorden,
clarinetes de pena y oscuros anhelos
diciendo tus dudas numerosas,
oboes en dedicado cariño
abriendo espacios queridos
para cantar los frutos
de este tu andar.

Eres un inútil
así como cantas
los cimientos del vivir.

Eres un vago
caminando entre emociones
que llevas a notas y líneas.

Eres un fugado
cuando te liberas
en reverencia o gratitud.

Eres un nadie
frente a lo profundo y lo bello
del momento que te es.

Concierto
para violín y orquesta
en re mayor.

Gran parte de tu vida
pensaste,
anhelaste,
dudaste
en escribirlo.

Pero un día
tarde en primavera
lo iniciaste
y avanzado el verano
estaba listo.

Todo el amor
que un hombre siente
por la mujer amada,
toda la dulzura
que ella transmite,
las ternuras,
los latidos inciertos
frente a la fruta
de vida y fuerza,
el ir y venir
entre sí y más,
la inmerecida grandeza
de tanta felicidad -
todo,
todo estaba ahí
impreso en los pentagramas
de tu nuevo cuaderno.

Al primer violín
- frente a toda la orquesta -
le dijiste un día:
toma, es tuyo,
mañana lo iniciamos.

Trabajó
con la misma seriedad
con que siempre trabaja,
amigo de sus amigos,

leal contigo,
y por vez primera
estrella
de su propio saber.

Lo estrenaron un viernes.
Los músicos estaban tensos -
se veía en sus caras maduras,
sus ojos brillaban
en amistad y compromiso,
estaban de acuerdo
para una gran oportunidad.

La realizaron.
Amigos del amigo
le devolvieron admiración y respeto
desde sus almas conmovidas
por lo que él iba haciendo
con cuerdas, madera y arco.

Tu amigo
de mirada honesta
cantó su vida
con sus dedos sensibles
y su brazo vigoroso.

No hubo cuerda
en el corazón
que no hizo vibrar,
mostró don y gracia
con viril entrega,
superó lo difícil
como un niño
jugando alegremente
y frente a la orquesta
fue el prodigio maduro
que nadie conocía.

La gente se irguió,
aplaudía sin fin.
Se levantó la orquesta
y con instrumentos y sonrisas
lo aplaudía.
Él aún estaba serio,
miraba sorprendido hacia la gente
y se inclinaba.

Afuera
una brisa de noche otoñal
refrescó tu cara:
tu corazón
estaba lleno de la orquesta,
pero más que nada
de los pasos del timbal
acompañando
un violín enamorado.

Pensar es fácil, decías,
sigues los pasos
de números o esquemas
y aplicas las reglas,
fácil si miras
y dedicas tu tiempo.

Otra cosa
es sentir y no saber
lo nuevo, el temor,
las olas profundas
que abajo se desplazan
y a uno lo mueven.

Lo claro, lo seguro,
son juegos de la mente,
decías sonriente,
pero con algo más serio
se llenan
cellos y timbales.

Fuimos audaces, les decías,
cuando el ancestro
se levantó antaño
y equilibró su cuerpo,
o más tarde,
al dar unos pasos.

Lo fuimos
al nadar a la otra orilla,
o al confiar
en extraños,
sin experiencia
y corazón incierto.

Seámoslo ahora,
propusiste,
y demos voz
a esto que nos es,
afinadamente
osando y confiando.

Tu música
lleva impresas las huellas
de fuerza y libertad.
Ya nadie imagina
tus primeros pasos pequeños
antaño en infancia
cuando jugabas con teclas,
con llaves y cuerdas,
el lento crear amistad
con partes de instrumentos,
las piezas simples y bonitas
en que arraigaban
tus fantasías infantiles,
como bloques subiendo
entre manos inciertas
tentando el nuevo equilibrio -
y después los tonos,
los preciosos,
invitándote a hablar,
a dar y tomar
lo que quiera ser
en el mundo musical.

Ya no se ven
tus esfuerzos posteriores,
las horas dedicadas
a cultivar la destreza,
el ágil seguro dominio
de un oficio exigente,
ni tampoco los quiebres,
las renunciadas o el desamparo
con que forjaste tu alma
entre tonos, trinos y acordes,
el lento crecer de cara
a lo fuerte, a lo difícil,
o el humilde inocente aceptar
las bendiciones del vivir,
de ser y de cantar.

Nada de esto
se percibe ya
en tus conciertos vespertinos,
en tus generosas expresiones
de fuerza vital,

de libertades y juegos,
de anheladas maestrías del alma
vibrando en salas
repletas de sentido.

Eres
el maestro de los giros,
de las graciosas vueltas
de melodía y ritmo -
pero a veces sientes
que es a ti
a quien giran fuerzas
de una otra más grande
y misteriosa música,
y te exponen
a nuevas caras del ser,
a retos desconocidos
que intentas enfrentar
incluso bajo dudas,
tanteando, indeciso,
como sordo, sin saber,
madurando lo difícil,
vueltas y vueltas.

Entonces
tu propia música
te parece pequeñez
entre estas poderosas gracias
que apenas tu corazón
aventura intuir y entender.

Un paso por vez,
lento y con cariño
- así aprendiste a andar -
cuidadosamente escuchando
si de entre los ruidos emerge
una expresión comprensible,
si la música profunda
en el fondo de tu intimidad
de a poco llega
a tu oído atento.

Preguntaste a los músicos
qué les gusta,
qué querrían cambiar,
cómo les va.

Se miraron.
Guardaron silencio.
Uno de ellos te miró,
otro te nombró y agregó
tanteando su parecer,
otros se sumaron
y luego querían todos decir
su personal opinión
sobre mil cosas.

Te inclinaste hacia adelante
y sobre el atril
diste descanso a la batuta,
propusiste
cruzar al frente
y tomar refrescos
al tiempo de conversar
tantas buenas ideas.

Como niños felices
salieron del teatro
tus músicos adultos
y al otro lado de la calle
festejaron las horas distintas,
comieron, bebieron,
hicieron bromas
y contaron sus vidas
con ojos brillantes.

Todo tono
como nuevo,
les dices,
como recién inventado,
sin saber pero intuyendo,
avanzando
por las vías del corazón
como componiendo,
poco a poco
intentando la frase
- pudor en la mente -
poco a poco
madurando el sentir,
o en otras triunfando,
con feliz seguridad
cantando la emoción
clara y liberada,
tonos nuevos, genuinos,
en medio del ahora.

Belleza,
les dices,
es la verdad.

Y la verdad
está en la vida,
en los mil pasos al crecer,
en el difícil madurar,
en los quiebres y en los logros,
en la apertura de la primavera
hacia la luz brillante
y en los oscuros días otoñales,
cuando el corazón no quiere
y todo es pesado.

Para esto fueron hechas
las cuerdas, las maderas,
les dices,
que vibren contando
nuestros intentos,
nuestros esfuerzos,
la devoción
por honestidad y verdad
y su expresión afinada
en los cantos
que presentamos
como la orquesta
que somos.

Te respeta
como a un buen padre.
Recuerda el día
en que conversaron
sobre la historia del timbal
como la consagración
a su propio oficio,
como día nuevo
de una vida nueva
en una música distinta.

Con cálida voz
te puede contar su vida
desde entonces,
el solemne lento caminar
hacia la paz de la tierra,
o hacia el placer
en tardes desplegadas,
pero también
hacia las locuras de la sangre,
hacia la fuerza,
hacia la explosión y el caos
en la conciencia doblegada,
pero de vuelta instantánea
hacia nuevas vigorosas locuras,
sorpresa y rapidez
en los latidos del corazón
apenas capaz,
semana tras semana
abriendo osadías
para los amigos en la orquesta,
lo humilde y lo decidido
de sus nuevas convicciones,
el rigor en los tiempos
y la disciplina de
silencios y reencuentros.
Te puede mirar a los ojos
como un animal serio
que no duda
quién es, qué es importante
o qué le interesa.

Escribiste
para los violines
un staccato delicado,
un ritmo ligero
como brisa sostenida,
apenas real,
pero en los cellos,
en oboes y cornos,
preparaste un crescendo
entusiasta y contagioso,
claro, de a poco
ahora todos,
una ola extensa y profunda
cantando
otra faceta musical
de esta experiencia exquisita:
la de ser.

Vulnerable y confiado
vas con melodías y ritmos
por entre la gente apurada,
apenas consciente
de todo el mal que crece
en sus miradas inseguras,
en sus amores perversos
de tanta perversión sufrida.
Hija tras madre
amó con inocente pureza
y después cambió.
Jóvenes buenos
más tarde militares.
Y tú cantando,
por dios,
como si nada,
tú y tu orquesta
rezando
las fuerzas del vivir,
los matices del sentir,
las direcciones del alma
y el lento desarrollo
de una nueva capacidad.

Paz
cae sobre tus párpados
y tus músicos te siguen
atentos.
El aire se transforma
en la sala sorprendida,

Una canción
madura
de flor en fruta
en sus instrumentos queridos.

Les toma el corazón.
Ritenuto crescendo:
la marea del alma
en cada compás
más vigorosa, más intensa,
tus músicos sujetando,
casi frenando lo imposible,
más, más,
validando el tiempo,
que despliegue cabalmente
su inmensa presencia.

Entonces dejan ir,
sueltan,
forte, fortissimo,
vivace, più presto,
volúmenes del sentir
expresando
su intensidad exuberante,
cantando
su poderosa verdad -
tus músicos amigos,
los corazones tomados.

Has abierto
sus corazones palpitantes.
El mundo entra y sale
por sus oídos dispuestos,
no sólo al tocar
van atentos al decir del otro,
sino en vida y naturaleza,
en silencios y anhelos
integran a armonías musicales
los tonos dispersos
de todo cuanto quiere decirse
aquí y allá
desde su propia válida existencia,
y a veces escuchan hacia adentro,
a lo que dentro de ellos emerge
como tonos del alma,
lo integran
a armonías más complejas aún
- casi compositores ellos mismos -
tan abiertos de corazón
que se perciben transparentes,
uno en todo,
todo en uno,
tus músicos valientes,
tus músicos sensibles,
así como tocan,
así como viven,
así como van
del teatro a su casa
y de su casa al teatro.

Bajo el piano
viste una hoja suelta
que recogiste sorprendido.
Había notas escritas
que te costó memorizar
de dónde venían -
y pronto sonreíste
al reconocer esto
tan cercano a tu corazón
ahí olvidado en el suelo.
Tomaste un cuaderno
y en las horas que siguieron
hasta bien medianoche
escribiste episodios
de tu caminar musical
osado y nuevo,
un canto fuerte
emergente de mareas del alma
y esbozado días atrás
en un papel cualquiera.

Uno de tus profesores
allá antaño en la niñez
te regaló un libro
amarillento y arrugado,
- Teoría de la Música -
del cual él había aprendido
cuando fue él un niño.
Alguien escribió adentro
con letra grande y cuidada:

"Que donde haya ruido
yo escriba tonos,
que donde haya palabras
yo cante melodías,
que donde haya desorden
yo cree armonía,
que donde haya vida
yo la exprese."

Quién sabe
en esos lejanos tiempos
cuánto te intuyó
el desconocido escritor
a ti, tus días,
tu música y
a tu orquesta.

Tu música
es como tu pelo suelto al viento,
como tu vestón desordenado y abierto,
tus músicos lo saben y sonríen,
pero más te respetan:
no está en tus voces polifónicas
lo perfecto, la idea sublime,
sino las mil maneras del día:
lo perfecto es lo silvestre,
te gusta decir,
y la excelencia está
en el baile, en el juego,
y en el tono que nace.
Quién tiene el tiempo, preguntas,
para afanar y pulir
con tanto que aprender y madurar,
quién puede, por dios,
con tanto
que oír o expresar,
agua sobre aguas,
el torrente de vida inagotable
llenando cuadernos, instrumentos
o almas atentas.

Pediste que repita sola
los últimos seis compases:
pero apenas hizo murmullos
con su cello precioso -
no sé, dijo en queja, no sé,
casi llorando -
me recuerda de niña
un primo diciendo cosas
que yo no entendía.

Y ahora, dijiste con calma,
qué no entiendes ahora.

No sé, y calló - y después:
vi un caballo, no,
una yegua grande -
y lloró frente a todos,
lloró y soltó su cello
nerviosa buscando algo.
Otra cellista ahí cerca
fue y puso sus brazos
en torno a la mujer.
Todos quisieron abrazarla
y golpearon cuerdas y atriles
como aplaudiendo.
Repuesta más tarde
sonrió avergonzada en redondo
y dijo mil gracias.
Nadie supo
el final de su historia,
o lo de la yegua,
pero ahora de su cello
emergía sensual y profunda,
compás tras compás,
una verdad liberada.

Más amargo, dijiste,
lo quiero más amargo,
así como son las renunciadas
y algopreciado se cierra:
que esté en violines,
cellos y timbal:
amarga retracción,
que vibre en los acordes,
que duela en los oídos
y la piel se contraiga.
Tus músicos
no querían sufrir
- quién lo quiere -
pero insististe, pediste,
más amargo, más.
Se transformó la sala,
seriedad, pérdida y dolor
flotaban en el aire
y amargura se adueñó
de corazones acongojados.

Después de una pausa pesada,
larga e íntima:
El Consuelo,
lento, dulce.
De acorde en acorde,
lentamente,
como buscando,
como tanteando,
yendo aquí, yendo allá,
hilando tonos
crece una melodía
por fin audible,
girando y volviendo
y ahora entera:
emergió la paz,
el dulce reencuentro
de vida y corazón,
bondad en la piel,
la embriagadora belleza
del sonido humano
mostrando sus pasos
vulnerables, simples, llanos -
luz brilló sobre la sala,

atriles e instrumentos,
sobre la orquesta
emotiva y sensible.

Te inclinaste reverente
hacia tus músicos amigos
y dijiste con fuerza:
muchas gracias.

Juegas.
No paras de jugar.
Cuántas veces
has metido tu juego
en medio de las tinieblas,
del andar apesadumbrado,
has penetrado en lo oscuro,
jugando, girando -
dando vueltas el sufrir,
avanzas
en medio de lágrimas
y de no saber,
pérdida tras pérdida,
el dolor en la frente,
te acercas al terror,
lo cruzas cantando
con voz seria:
casi un mago
para quienes te vemos
del lado del camino,
para quienes leemos
en tus cuadernos
las piezas escritas
o para quienes oímos
tocar a tus amigos
de la orquesta.

Juegos del corazón
en tus manos de artista,
tonos, acordes -
y un timbal amigo
nunca muy lejos
de ti.

Compiten
unos con otros,
afirmaste,
pero nosotros aquí
conquistamos espacios
para todos,
espacios del sentir,
de osar y vivir,
canciones nunca oídas,
melodías inocentes,
acordes
de biología madurando,
lentamente diciendo su ir
en medio de bosques
extraños a la mirada humana.
Agregamos donde pelean,
fuimos honestos
entre armonías naturales
y llenamos el aire
con lo que expresamos:
esta música orquestal
que nos es dado
intuir y componer,
leer, sentir y tocar.

Me dices que sea suave,
que no sobresalga,
que exprese dulzura,
y que en los forti
dé soporte a los débiles.
Pero ¿cuándo, maestro,
cuándo puedo mostrar
la fuerza radiante
de mi trompeta querida?

Inhalaste profundo
y te inclinaste
hacia tu joven amigo y le dijiste:

Tocaremos el concierto
que escribí años ha,
y serás el solista.

Ensayaron sorprendidos
la pieza guardada
y dieron vida a las notas
del extraño cuaderno.

El inicio era disperso,
había confusión y ruido,
la trompeta vagaba
y ni un alma
encontraba sendero.

Dijiste renuncia
en muchos contritos compases,
voces orquestales
yendo y viniendo -
y nadie sabía de dónde
a dónde se va.

La furia del timbal
interrumpió
la dirección fatalista:
basta, no más,
¡aire, luz!
Apenas
- pianissimo -
de entre la orquesta,

emergía pudoroso
el tema feliz -
ahí
estalla la fuerza juvenil,
el impulso irrefrenable,
fantasías locas,
ideales, ganas,
la trompeta querida,
la trompeta radiante
cantando la vida
hacia el futuro abierto,
alegría de estar,
de ser y compartir,
vamos orquesta,
alegría de tocar,
alegría de escuchar,
alegría de vivir
este ahora
intenso y feliz
irradiando
hacia el mañana
la plenitud
de nuestras vidas.

El joven trompetista
te escribió una carta
el día siguiente al estreno.
Se tomaba unos días,
pero antes
te daba las gracias.
En su estilo viste
humildad.
Un acorde armonioso
emergió
en tu oído de artista.

Música
es un árbol,
dijiste.

Estamos aquí
para mostrar
raíces y ramas,
hojas, frutos,
savia y corteza
y la sombra bendita,

nuestra orquesta
de amigos artistas,
así como jugamos,
giramos y volvemos,
cantando esto
que nos atañe.

En todo tono
expresamos
el mismo árbol,
así como cruza
las estaciones
del año humano,

la madera
que nos es
en las direcciones
que el momento
musicalmente
anhela madurar.

Muestra con tu oboe,
le dijiste al amigo,
cuán honesta es la duda,
el camino incierto del alma,
el anhelo inseguro,
o la humilde melodía
intentando su decir
de dulzura y paz,

di cuán lejos
está de ti
pompa y orgullo,
la maniobra vencedora
en astucia o maña,
el ademán arrogante
en la dirección errada,

canta cuán clara
es la secuencia
de tus tonos emotivos
intentando de nuevo
si ahora resulta
la melodía entera
en el logrado corazón.

Durante las pruebas
de esta mañana
has creado
con tu orquesta
un volumen de silencio.
La sala así llenada
de pronto se transformó
en templo de veneración -
y en su centro
has hecho emerger
una armonía
de buen temple y
seria congruencia.

Los cellos
sostienen en lo profundo
el sentido musical
que asciende
en cornos y fagotes,
en violas, violines y vientos,
serenamente, claramente,
sentido intenso
que a todos nos envuelve
y nos lleva
generosamente por el tiempo
y de acorde en acorde
- de emoción en emoción -
por distintos matices
de tu verdad humana.

La pieza llegó a su fin.
Tus músicos
no logran reponerse,
han quedado inmersos
en medio de sus almas,
no quieren salir,
ojos conmovidos.
Quizás están impresionados
de lo que hicieron,
de lo que lograron -
y a mí,
extraño en la sala,
me dan ganas
de subir al estrado

y mirarte a la cara,
tomar tus manos
y apretarlas en gratitud.

Pero el aire de la sala
ya ha cambiado,
los músicos han vuelto
a moverse y conversar
y tú buscas algo
en la partitura
como quien ha perdido
anteojos o llaves.

Afuera,
me parece,
la calle está abierta
como herida reciente,
y caminar
se hace difícil.

Rumores
habían circulado, es cierto.
Pálido entró a la sala
uno de los cellistas
papel en mano:
nos tenemos que ir.

En vez del teatro
se levantará aquí
un parque de diversiones,
con banco y restaurante.
Mudos quedaron tus músicos
y tú también.

Tu brazo se movió
como marcando un ritmo,
tu mirada
saltó aquí y allá
y después buscaste
dónde sentarte.

Nadie quiso
seguir el ensayo,
está claro,
y tú preguntaste
por personas y fechas,
y estimaste
el futuro cercano.

Hasta mañana, entonces,
dijiste,
y volviste a casa
caminando lentamente,
mirando en los jardines
y en tu oído interno
buscando.

La orquesta
perdió sonido
y todos lo sabían,
trataban y afinaban,
pero nada resultaba
como en otros días.

Más de alguno
miraba de reojo
y casi con culpa,
muchos suspiraban
o movían los pies
sin querer.

Y tú
no querías dirigir,
cansancio
pesó en tus brazos,
la vista
perdía la partitura,
no, no querías.

Doce días adelante
encontraron sala,
una sala apenas adecuada,
más chica, más modesta.
Pero ella haría posible
continuar con el oficio
bello y veraz.

Cuando hicieron caer
la primera muralla
de tu antiguo teatro
estaban todos presentes,
miraban en silencio,
serios, atentos,
integrando la imagen.

Estrenaron la sala.
Pero antes,
la noche anterior,
crearon un rito.
Hicieron memoria
del antiguo teatro,
del tiempo allí compartido
y dieron gracias.
Un muchacho
cantó en su contrabajo
una melodía querida
de aquellos tiempos,
un cellista se sumó,
y juntos jugaron
en torno al sentir común.
Lágrimas cayeron,
muchos se abrazaron
y tú pediste dar gracias
una vez más.

Poco a poco
se fueron encontrando,
fueron queriendo
el nuevo espacio
y nombrando
esta o aquella ventaja.

Tu ánimo volvió
y casi hacías bromas.
Compraste cuadernos
que te faltaban
y estuviste ocupado
en las noches.

Una violinista un día
te preguntó por ti,
y quienes la escucharon
se volvieron a ti,
a oír tu respuesta,
a verte decir
cómo te iba.

Le sonreíste,
gracias, me va bien,
pero vivo cansado,
trabajo de noche.
Y te interesaste por ella,
cómo le iba a ella.

Allegro forte,
el primer movimiento
de esta sinfonía
simple y bonita,
tus manos ágiles
dando vida
al ritmo alegre
de la pieza transparente,
tus músicos contentos
mostrando su capacidad
de inocencia y gracia.
Era una bella inauguración,
una vida nueva
en la sala menor
pero plena de futuro.

Familiares tuyos
te invitaron
y viajaste lejos.
Fui con tiempo
a la pieza del piano
y leí en papeles sueltos
lo que habías anotado
aquí y allá
en las últimas semanas,
esperando encontrar
tus últimos cuadernos.

Los habías cubierto
con ropa y un abrigo,
como un niño casi
escondiendo lo suyo.
Leí y leí,
sin comer,
sin tomar descanso,
horas y horas
hasta avanzada la noche,
día tras día,
música, más música,
tonos, acordes,
claro, tu timbal
en todas partes,
una y otra vez,
melodías emergentes
hilando armonías
que se disolvían
en nuevas riquezas,
qué días, por dios,
leyendo
en tus cuadernos.

Encontré
en tus cuadernos
una expresión espiritual
más decidida,
más asertiva que antes,
columnas verticales
de un sentir sublime,
luz
desde las profundidades
de nuestro ser
subiendo,
ascendiendo hacia más,
hacia las alturas
de la vista,
ya trascendiendo,
música clara y sagrada
escrita aquí
para mañana interpretar
con los músicos
de tu orquesta madura.

En tus creaciones veo
más libertad que antes,
más mezclas de voces,
más verdades
mutando como si nada
de compás en compás,
riquezas del alma
cantadas con
simpleza y soltura.

Casi leo una biografía
en tus muchos cuadernos,
un antes musical
avanzando hacia un hoy
y hacia adelante,
hacia tu futuro de edad,
hacia composiciones
inauditas a tu propio oído,
todo un madurar
de ejemplo para el nuestro,
artista honrado,
biografía
que traduzco a lo nuestro,
a ver si reconozco
lo que también
de nuestras propias vidas
retratan
tus acordes y ritmos
y líneas cantadas.

A tu vuelta retomaste
los ensayos matutinos,
sinfonías, conciertos,
piezas sueltas,
el repertorio musical
que este año presentarías
en la sala menuda.

Se alegraron
cuando te vieron llegar.
Como en viejos tiempos
se levantaron de sus asientos
y te saludaron contentos.
Mientras arreglabas
notas, atril y batuta
me retiré y salí
a la calle ruidosa.
Una voz conocida
escuché aún adentro decir:
adagio, mezzo piano.